

Para mi hermano Ernesto,
con agradecimiento.

Los problemas de identidad, patria y cultura han sido abordados por las ciencias sociales y las humanidades, desde sus particulares campos de estudio y con un instrumental teórico validado por la coherencia argumentativa de sus discursos, y aunque el objeto de estudio sea el mismo, los conceptos arriba mencionados, la realidad en la cual están insertos varía dependiendo de los individuos que la componen. Pues no es lo mismo historizar la formación de tales términos, en su génesis ético-política, de corte europea romántico-ilustrada, que resemantizarlos ante un fenómeno como el de los inmigrantes latinos en Norteamérica, formadores de un biculturalismo oscilante entre las raíces hispanas y las costumbres sajonas.

En el contexto previo se inscribe la novela de Mario Bencastro, *Viaje a la tierra del abuelo*,¹ donde se narra, en primera persona, la travesía de Sergio (de dieciséis años) por cumplir el deseo de su

abuelo (del mismo nombre): ser llevado a su país de origen cuando muera. Itinerario que inicia después de transcurrida una semana del entierro en Los Ángeles, tras ochenta años de vida, cortada por un ataque al corazón.

En esta obra la identidad y el biculturalismo están expresados desde tres instancias verosímiles, narrativamente hablando: el abuelo, el nieto y la escuela Belmont High; que a su vez se refractan en tres realidades: El Salvador, los Estados Unidos y la familia de inmigrantes. Y con base en ello se establece un desplazamiento discursivo de coexistencia a origen, para patentizar cómo se forja un tipo especial de identidad y biculturalismo en el personaje central de la novela, quien ha vivido en Los Ángeles desde los seis años, cuando emigró de Centroamérica con sus padres; y ha pasado diez años bajo la influencia de su abuelo, sin haberse interrogado por el sentido de la patria.

Veamos un poco en detalle la interrelación de estos conceptos en el corpus literario.

A partir del velorio del abuelo, en una sala funeraria, se van marcando las diferencias entre una forma de vida, latina, y

¹ Editada por Piñata Books, Arte Público Press, Houston, Texas, 2004, 139 p. ISBN 1-55885-404-5 En lo sucesivo sólo anotaré entre paréntesis el número de la página.

otra, anglosajona. Pues a éste sólo asiste una pareja de conocidos y la familia del difunto, padre, madre e hijo, quienes permanecen en silencio, meditando; ya que los amigos deben de trabajar horas extras en un país “donde la vida es cara”, pero donde el esfuerzo engrandece a la mayoría, pues “así se ha construido esta nación, a puro trabajo”(p. 2). Mientras que en la sala contigua parece fiesta la despedida del fallecido, lo cual denota una percepción distinta de la muerte, de corte latinoamericano, donde se conjugan el canto, los discursos en memoria y honor del finado, y el llanto, siempre fluctuando de un punto a otro, como en la vida misma. En tanto que los deudos del anciano sólo están una hora en la funeraria, porque no hay tiempo para más: es necesario laborar. Al día siguiente entierran a don Sergio sin mucha ceremonia y regresan a sus quehaceres: “o sea que despedimos al abuelo exactamente como en general se hacen las cosas en este país, de modo simple y rápido”(p. 4), con frialdad. Muy distinto al terruño del anciano, donde la gente tiene gusto por sepultar a sus muertos.

Ahora bien, la contraposición entre ideal y pragmatismo, presente en el párrafo anterior y en gran parte del texto, está representada en dos momentos. Uno cuando sabemos de la decisión del abuelo de quedarse en “ese lugar ajeno”, porque toda su familia está muerta y sus amigos han ido desapareciendo; de lo cual intuye la cercanía de su fin y anhela su regreso al país natal, para morir en una casa a orillas del mar; pero sobre todo, no se aleja de ese sitio impropio por temor a la soledad, mas termina sus días en un cuarto oscuro de una casa de Los Ángeles. Dos, cuando el padre de Sergio dice:

Es que vamos echando raíces en esta tierra [...], y aunque uno no lo quiera se va quedando. Nosotros, por ejemplo, sólo veníamos a trabajar por un tiempo, a hacer un poco de dinero y regresar a nuestro país a poner un negocio. Pero ya llevamos muchos años aquí, ya nos acostumbramos a esta vida, y así ya no es tan fácil retornar (p.6).

Aquí tenemos, además de la contraposición señalada, un enfrentamiento entre la “vuelta a las raíces”, ejemplificada por la falta de oportunidades para mejorar el nivel de vida, y un presente lleno de estimulantes materiales que los orilla a pensar de otra forma: ahora lo primordial es integrarse a ese *modus vivendi* del cual forman parte, aunque estén en la periferia, sociológicamente hablando. La madre también deja ver la idea precedente al mostrar su desinterés porque se cumpla la voluntad del abuelo, al expresar: “¡Bah! Una vez sepultado la tierra es la misma”(p.9).²

² Bencastro nos hace saber que la madre de Sergio trabajaba en las casas ricas de El Salvador, y la familia se alimentaba con la comida sobrante de los patrones, esto es, eran marginados. Y después de reunir el dinero necesario para pagar a un contrabandista de indocumentados, logran emigrar a Estados Unidos. Pero llegan a hacer lo mismo, limpiar propiedades ajenas, con la diferencia de que ganan diez veces más que en el país de origen; y se establecen en un vecindario de inmigrantes latinos, en una zona marginal de Los Ángeles calificada de ghetto. Como se observa, a pesar del considerable cambio económico operado en sus vidas, siguen siendo “los otros”, con toda la carga ideológica gringa que esta expresión implica.

Aunado a lo anterior, se establece un binomio germinativo entre abuelo y nieto, sustentado en los consejos hacia la vida cotidiana (evitar los vicios, los problemas, el mal), el inculcamiento del honor, el respeto a las personas mayores y a los maestros; aspectos que fungirán como detonador de la identidad del migrante, gracias a la amistad, porque entre amigos todo se comprende, es decir, entre seres de la misma sangre el principio y el fin hermanan. Por ello, Sergio ve como un deber cumplir la petición de su abuelo: regresar al origen. Relación contraria a la de padre e hijo, donde no hay tiempo de hablar de los antepasados ni de la cultura de procedencia. El trabajo y la adquisición de cosas innecesarias ha desplazado al vínculo familiar. Cosa común para los inmigrantes que en su país han sido muy pobres y al llegar a Estados Unidos se deslumbran con la abundancia y la facilidad para adquirir lo material; pues, como dice el narrador: "mi abuelo gustaba decir que el que no tiene y llega a tener, loco de gozo se puede volver" (p. 11).

La tercer instancia, la escuela Belmont High, de Los Ángeles, donde estudia Sergio, representa el pasado y el presente, es un *Melting Pot*, en donde la mayoría de los estudiantes son latinos, chinos, coreanos, afroamericanos y filipinos. En ella se "ofrecía programas que ayudaban al joven inmigrante a prepararse para la vida, y a integrarse a la nueva cultura" (p. 4). Esto es relevante porque las diferencias culturales engloban distintas interpretaciones del mundo, las cuales se fusionarán, o serán absorbidas, en la unidimensionalidad del *American Way of Life*, en el país del dinero. Así mismo, aquí aparecen dos voces, cuyo sentido se enfoca a la identidad y sobrevivencia de

los transterrados: la primera es enunciada por un pandillero, castigado con la exclusión del grupo de estudio por no haber hecho la tarea, quien declara: "Ya quisiera yo que en la escuela me enseñaran cosas que a mí me interesan [...], quién soy, qué hacemos en este país [...], deberíamos estudiar la historia de nuestra gente" (p.21). A lo que Sergio, también separado por el mismo motivo, agrega: "Yo, por ejemplo, no sé ni de dónde soy. No sé si soy de aquí o soy de allá. Si soy latino o soy gringo" (p.21). La segunda la matiza el escritor al hacernos saber que la mayoría de los estudiantes se casarán por conveniencia: para conseguir la residencia legal, la "tarjeta verde" (*Green Card*).

Así, Belmont High, con sus más de 4500 alumnos, quienes en su mayoría trabajan para ayudar con los gastos en sus hogares, funciona como el espejo del biculturalismo, en donde se reflejan las bipolaridades del comportamiento de las minorías, que buscan ser diferentes de todo el mundo, y la cotidianidad anglosajona.³ Pues:

Todos los profesores de la Belmont eran diferentes. Unos enfatizaban nuestra cultura y nos hacían sentirnos orgullosos de nuestras raíces; nos convencían de que no deberíamos sentir-

³ Dentro del despliegue de la novela el autor intenta hacer una alegoría sobre el progreso individual y material, sustentado en el esfuerzo; con la simbiosis sociocultural de los alumnos y el estatus alcanzado por el colegio, pues de una descripción de salones y baños deteriorados, de una cafetería llena y espacios pequeños, pasará a la mención de los problemas y trámites para conseguir las nuevas instalaciones y enfatizará sobre el reconocimiento académico de Belmont High gracias a sus egresados.

nos menos como personas por venir de otra cultura y hablar una lengua diferente a la que se hablaba en este país (p. 30).

Mas el “sistema” cataloga la escuela como un lugar de latinos y pandilleros, de gente floja, sin prestar atención su esfuerzo por vivir con dignidad y progresar en Estados Unidos. La respuesta a esto la da el abuelo: “supuestamente éste es un país libre, y se puede hablar con libertad. El deber de todo ciudadano es expresar su opinión, por buena o mala que sea, y respetar la opinión de los demás” (p. 49). Pero los obstáculos para lograr una mejor educación seguirán siendo los mismos: el dinero y los papeles legales.

En otro tenor, el sentimiento, de Sergio, de no pertenencia a la tierra donde vive, Norteamérica, se lo despierta el abuelo; el no aclimatarsé a vivir en ese lugar extraño, a pesar de haber residido ahí por diez años, deviene en una interrogante sobre su identidad. Conjuntamente, el país de origen es algo conflictivo, pues es la nación de los padres, pero quizá ya no es la de uno, y la adoptiva no es propiamente la materna. Por ello, la patria es un problema, y el individuo se siente marginado. Ante esto, sólo queda el tiempo, para habituarse a las nuevas estructuras sociales, y el espacio de la memoria, para los recuerdos de una vida que ya no es.

Por lo anterior, muchos jóvenes no quieren parecerse a sus padres: “quieren adaptarse a la cultura de aquí a como de lugar y ser como el resto del mundo. Sienten vergüenza de sus raíces latinas y no hablan español” (p. 33). Los mentores de familias inmigrantes desean que sus hijos busquen novias con las mismas

costumbres de su país de origen, pero los muchachos quieren novias implantadas en las costumbres americanas. Y con esto, la “nueva identidad” es el resultado de dos culturas, la de los padres y la de Estados Unidos, las cuales dan pie a una tercera cultura, hecha de dos cosmovisiones y dos lenguas diferentes, es decir, el sujeto llega a ser bicultural y bilingüe. *Fifty – Fifty*, mitad y mitad, cincuenta por ciento del país de origen y cincuenta por ciento de Norteamérica. Así, la “tierra” funge como el sustento de la identidad cultural, generada por las costumbres asumidas. Y la historia se transforma en la memoria de las fallas del hombre: “la Historia demuestra que los seres humanos cometemos los mismos errores del pasado, y nunca aprendemos nada de ellos” (p. 51).

Una vez que Bencastro ha expuesto estas cuestiones, resta contrastar el modo de vida norteamericano con la experiencia del regreso a los orígenes. La cual inicia con la obtención del permiso de los padres de Sergio, gestionado por la trabajadora social de la Belmont High, para que éste realice el viaje a El Salvador, llevando a su abuelo en un ataúd. A su llegada, siente que entra en un mundo diferente, de color y fantasía, en donde la propia naturaleza le da la bienvenida después de diez años de ausencia: entrañas de su abuelo, pero también de él mismo. Al segundo velorio del anciano, llevado a cabo en una funeraria de su pueblo natal, encabezado por su prima y su nieto, van muchas personas:

Este velorio fue muy diferente al primero en los Estados Unidos. Aquél fue rápido y solitario. Éste estaba lleno de gente y bulla. Varios de los asistentes no se habían visto en muchos años, por

lo que, alegres de haberse encontrado, intercambiaban anécdotas sobre el abuelo (p. 67).

Ceremonia que coincide con la tradición popular de “El carnaval de los muertos”, caracterizado por la celebración alegre y concurrida, cuyo propósito es crear tanta vida, ruido y alegría como para despertar a los muertos y que estos adviertan que no han sido olvidados, que se les recuerda con mucha felicidad. El protagonista acepta: “aquel viaje había sido la aventura más grande de mi vida. Me había hecho descubrir mis raíces, las costumbres de mis antepasados y la maravillosa tierra de mi infancia”(p. 70).

Mas los contrastes empiezan con el descubrimiento del amor, de parte de Sergio, al conocer a Flor de Ángel, de igual edad, en la misma casa donde él nació, el cual inicia con la vista pero se fortalece con la sinceridad y la ayuda al prójimo; en oposición al vínculo de pareja por conveniencia de Estados Unidos. La paz que siente en la casa de su tía-abuela se opone al activo ritmo de existencia del país adoptivo. Ahí el devenir se vive y se siente diferente, porque es lo único que se tiene, las comodidades no importan tanto. El tiempo tiene un ritmo lento, la vida tiene otra razón: vivir. Lo cual alcanza una lejana resonancia en el Día de Acción de Gracias, *Thanksgiving Day*, donde la familia latina, representada por los adultos, “vuelven a su mundo”, durante la comida, pues ahí hacen a un lado las cuestiones de identidad y se igualan todos, dando la pauta, a los dueños de casa y a los visitantes, para platicar sobre la situación política y social del país de origen, el dinero enviado a sus familiares y las historias de su pueblo. Comentarios

de poco valor, en un principio, para Sergio, porque él vivía en dos mundos, el de su casa y el de Belmont High. Uno, el de sus padres y todo lo relacionado con sus raíces, su lengua española y su *Weltanschauung*. Otro, en donde se desarrollaba: la escuela, los amigos, el idioma inglés, la televisión, los deportes, la música, es decir, la cultura estadounidense, muy diferente al mundo de sus progenitores. El protagonista nos dice:

El cuerpo de mis padres estaba en los Estados Unidos, pero su corazón estaba en su patria. Yo estaba de cuerpo y corazón en el país norteamericano, pero cuando llegaba de la calle a la casa, el mundo de mis padres no dejaba de afectarme y entonces yo me sentía como si entrara en un espacio extraño (p.74).

En El Salvador Sergio sabrá de las condiciones de explotación en el trabajo, los abusos en el mismo y la inequidad de la repartición de la riqueza; causas por las cuales la población emigra. Mas también tomará conciencia del amor de la gente a la vida, de la fraternidad en la pobreza, y más aún en la tragedia, tras ser testigo de un terremoto y de la manera en cómo los habitantes se aferran a la existencia. Y después de sentir la tranquilidad de haber cumplido con el deseo del abuelo, lo que falta es realizar la misma odisea del anciano para internarse a los Estados Unidos como si fuera un ilegal; acompañado de Flor de Ángel, quien no cuenta con documentos legales; saliendo de El Salvador para cruzar las fronteras de Guatemala, México y Norteamérica, experimentando los sufrimientos y contingencias de los indocumentados, mas siempre bajo la

“protección espiritual” del abuelo. El círculo discursivo se cierra cuando Flor de Ángel se incorpora, casi naturalmente, a las actividades de la familia de Sergio.

Todo lo anterior está encaminado a enfatizar la identidad y valorar el biculturalismo, cuya base real está en los jóvenes inmigrantes crecidos y educados en Estados Unidos. Y la novela hubiera tenido más consistencia si se hubiera patentizado un trasfondo político-social, fundamental en estos temas y en los derivados de ellos, como lo son los conceptos de identidad, patria y cultura. Pues en el fondo se está prescindiendo de la cuestión

de la *otredad*, es decir, se hace a un lado la transformación del sujeto, cómo es que ve al otro el individuo que deja su comunidad para incorporarse a una cultura externa, para asimilar los entrecruzamientos discursivos en los que se ve envuelto, cómo deviene la subjetividad del migrante después de haber cruzado *The Border*, que no solamente es territorial, sino también ideológica y ética.

Silvestre Manuel Hernández*

* Investigador en Humanidades.